

Reseña de “El cuento de la criada” por Rosa Yáñez

(en la reseña se revelan detalles de la trama y el final del libro)

Margaret Atwood es una de las figuras literarias más importantes de Canadá (algunos dicen que la más importante). Su obra abarca todos los géneros literarios, desde la poesía al ensayo crítico y académico y ha sido una autora especialmente prolífica. Es conocida por su militancia política y desarrolla trabajo académico en numerosas universidades de prestigio, además de haber recibido multitud de premios y reconocimientos. Estamos, sin duda, ante una de las grandes de la literatura.

En su ámbito personal, Atwood es activista y comprometida con causas como el ecologismo y el feminismo. Según Wikipedia: “Se la describe como una escritora feminista, ya que el tema del género está presente en algunas de sus obras de forma destacada. Se ha centrado en la identidad canadiense, en las relaciones de este país con Estados Unidos de América y Europa, en los derechos humanos, en asuntos ambientales, en los páramos canadienses, en los mitos sociales sobre la feminidad, en la representación del cuerpo de la mujer en el arte, la explotación social y económica de esta, así como las relaciones de mujeres entre sí y con los hombres.”.

El cuento de la criada se publicó en 1985, pero ha adquirido una renovada popularidad debido a su reciente adaptación a serie de televisión. Aunque, anteriormente, en 1990, ya había sido adaptada al cine y, en 2020, también lo ha sido a una novela gráfica.

El cuento de la criada es una obra de ciencia ficción especulativa que parte de una crítica ecologista, feminista y contra los totalitarismos y los peligros de mezclar religión y política. Inevitablemente, enlaza con otras grandes obras del género, como 1984 o El mundo feliz y resulta aterradora por su cercanía con ciertos aspectos sociales de nuestra realidad.

En la novela, una facción religiosa ha tomado el poder en Estados Unidos y ha instaurado la llamada República de Gilead. Bajo este régimen se dispone de las mujeres de forma totalitaria para conformar un orden social. Problemas de fertilidad graves (causados, según parece, por la contaminación y por el descenso de la natalidad en la última sociedad previa a este nuevo orden) se resuelven disponiendo de las mujeres fértiles para engendrar hijos para las familias con poder y recursos económicos situadas en lo más alto de la jerarquía del régimen. A las mujeres infértiles se las ubica como Marthas, Tías o Econoesposas. Y las propias Esposas, casadas con los dichos ricos y poderosos, también deben ajustarse a un estrecho rol social. Todas ellas deben acatar su puesto social y ajustarse a una serie de rituales, procedimientos y reglas que tienen como fin alienar a la primera generación de mujeres de esta nueva sociedad, a la espera de que, en siguientes generaciones, estas normas hayan alcanzado un estado de absoluta normalidad. En el conflicto distópico, por tanto, se discuten y analizan el rol social de la mujer y la injerencia desde los poderes sociales sobre el cuerpo femenino.

La autora declara que no hay nada inventado en la novela: cada ritual, cada opresión, cada violencia, está tomada de hechos reales ocurridos en distintas partes del mundo,

quizá por eso, como decíamos, resulta un escenario atterradoramente verosímil. No hay mejor mentira que la que tiene mayor parte de verdad.

Asimismo, como en toda la obra de Atwood, hay una importante relación con los cuentos de hadas y los mitos, recurso literario que apela a los más profundos conceptos de verdad del lector, a nuestra visión profunda del mundo.

Defred, la protagonista, es una persona normal en circunstancias extraordinarias. Nos cuenta la historia desde una primera persona que actúa como único enlace entre el lector y la información. Una visión cegada y limitada por su condición de Criada y por su desconocimiento de los entresijos del nuevo orden. El lector parece llevar también ese sombrero de las Criadas que limita su visión y sólo se le permite compartir el punto de vista de Defred. En su situación, pobre de interacciones sociales, información o quehaceres, nos encontramos como lectores junto a ella apreciando y valorando pequeñas cosas en una hiperestesia sensorial e intelectual (esta última a su pesar) que actúa como compensación en su limitada vida.

El desarrollo de la obra desde una primera persona plantea un problema de base que no se resuelve correctamente en todas las obras: cómo se accede al discurso. Un relato en primera persona debe llegar al libro de algún modo. Considerar que el lector es capaz de entrar mágicamente en la cabeza del narrador, afecta al pacto de verosimilitud y destruye muchas historias. Dicho pacto de verosimilitud requiere una justificación para la existencia del discurso que ha pasado a texto escrito. En este caso, una adenda final, y sólo al final, nos revela que se trata de la transcripción de unas cintas de casete en las que Defred habría contado su historia. El resto del tiempo, este pacto de verosimilitud se ha sostenido sólo en base al interés que genera la propia historia y, sin embargo, no se rompe en ningún momento.

Como decíamos, la historia de Defred está limitada en muchos sentidos y, sin embargo, es enormemente rica en lo sensorial. Casi se trata de un relato de naufragos (de víctima en este caso) que se sustenta elegantemente en la sucesión de rutinas que pueden ser potencialmente interrumpidas y en el peligro que ello supone.

La última adenda, que antes señalábamos, supone la revelación de que la República de Gilead fue superada. Se trata de la transcripción de una ponencia en un congreso académico, posterior a los hechos de la historia, en el que se discuten distintos aspectos del régimen. Supone, eso sí un último corolario en el discurso del libro: el ponente es un hombre, se adopta una postura neutral (“no podemos juzgar”) y se banaliza el dolor y la opresión en un tono casi entomológico en relación con la vulneración de los derechos humanos. Probablemente otra de las terribles semejanzas de la narración del libro y la realidad.

Así, Defred, como el resto de mujeres en la novela, es alienada y objetivizada de distintas formas. Por un lado, le es arrebatada su hija que es, presumiblemente, adoptada por alguna familia en buena posición en la jerarquía social, aunque ella nunca sabrá cuál ha sido su paradero. Se dispone de ella en un entrenamiento de shock mental y físico para asegurar su obediencia, basada en el miedo y la renuncia.

Además, se le quita su nombre. Defred es un nombre que sólo viene a señalar su carácter de posición (de Fred). Son nombres que reciben las Criadas mientras dura la asignación a una casa y denotan la posesión por parte del hombre de la casa. Estos nombres se abandonan e intercambian en función de las reasignaciones, con lo que, ni siquiera este nombre temporal le pertenece o la dota de identidad.

Existe una teoría por parte de los seguidores de la obra acerca de que el nombre real de la protagonista es June. La teoría se basa en que en el listado de nombres que se consigna al inicio de la novela, en base a las mujeres que se encontraban retenidas en el gimnasio, el único que no vuelve a repetirse en el relato es el de June. Margaret Atwood reconoce que no fue esa su intención, pero alaba la coherencia de la teoría y es partidaria de que los lectores apliquen su soberanía.

A Defred se la considera una mera vasija gestante, que debe poner al servicio de la sociedad su capacidad reproductiva, se la somete a humillaciones que la desposeen de su intimidad física (el propio proceso de cópula, el control sobre su alimentación o su higiene), sensorial (el uniforme limita su visión, su tacto, su oído...) e intelectual (las mujeres en Gilead no pueden leer, ni escribir, ni moverse libremente...).

Y, finalmente, como decíamos, pasado el tiempo histórico, se la convierte en objeto de estudio académico y se la desposee de la historia de su dolor y de las injusticias que sufrió.

En la obra *"Survival: a Thematic Guide to Canadian Literature"* de la propia Atwood, publicada en 1972, además de una revisión de la literatura canadiense (no exenta de controversia académica en su momento), la autora expone su teoría sobre las posiciones básicas de una víctima. Esta teoría se reconoce en muchas de sus obras. Según ésta, las víctimas pasarían por cuatro fases: negación; reconocimiento del papel de víctima, pero atribuyéndolo a alguien o algo ajeno que es culpable (véase Dios, la biología, el destino...); reconocimiento, pero desde la negación a aceptar la situación como inevitable; y, la última fase, que supondría la construcción de una forma creativa de no ser víctima.

En Defred se opera el cambio desde una víctima que asume su rol desde el miedo profundo, hasta el avance en la búsqueda de una forma de dejar de ser víctima. Al presentársele un Comandante que vive al límite de lo permitido, se abren algunas posibilidades de expandir su limitado campo de acción. El final es abierto y nunca se confirma cuál es el destino final de Defred. El libro es, diría, una reflexión sobre la supervivencia y la increíble capacidad del ser humano de sobrevivir a pesar del dolor y la tragedia.

Otro aspecto aterrador y genialmente representado en la obra es la rapidez con la que se establecen los totalitarismos, la guerra o el cambio distópico. Nacida en 1939, Margaret Atwood sufrió el cambio social de la II Guerra Mundial y, por supuesto, de otros conflictos sociales, y representa en esta obra esa ruptura imprevista en la confianza acerca de las rutinas, la normalidad y lo que se da por sentado.

En 2019 Atwood publicó la secuela de El cuento de la criada. En “Los testamentos” se recogen tres historias: la de una Tía (Tía Lydia que aparece en la primera novela), la de una niña que vive el nacimiento de la República Gileana y el de una joven canadiense. Mientras que El cuento de la criada se sitúa al inicio del régimen, los relatos de este segundo libro se ubican en el final de éste, en la decadencia del mismo y se atisban esperanzadores signos de rebelión y desestabilización.

La adaptación a la serie ha tenido un enorme éxito. En ella se expande el universo y la narración recogidos en la novela. Algunos le afean una cierta neutralidad en comparación con la crítica ecologista y feminista del libro en pro de su expansión comercial. Eso sí, a raíz de la novela, pero sobre todo del éxito de la serie, el uniforme de las Criadas se ha convertido en icono feminista en Estados Unidos y se suele ver en manifestaciones pro-derechos de la mujer.

La obra de Atwood es interesante e imprescindible. Su poesía es técnicamente compleja y la utiliza como espacio de experimentación con el lenguaje y sus textos académicos tienen importante presencia en su ámbito. En novela parece acogerse a una tendencia general en el mundo anglosajón en la que se prima la historia frente al estilo, aunque no abandona una cierta experimentación formal, pero, definitivamente, su profundidad de análisis y su capacidad para crear ambientes y escenarios es brillante.

El cuento de la criada es el reverso tenebroso de la humanidad y, como la misma autora dice, fue escrita para que nunca ocurriera. Como poco, la literatura sigue teniendo el poder de conmover no sólo a nivel emocional, sino a nivel intelectual y, en ocasiones, incluso es capaz de promover el compromiso social de los lectores. Ojalá.